

EUCLIDES

A América Vásquez

Había vivido antes en Cos, y en la dorada Tebas, huyendo siempre del despotismo que atormentaba los días de su patria, pero se sorprendió al llegar a Alejandría. Era tan vasta y multiforme la ciudad, tan llena de extranjeros, que se sintió perdido como un niño entre la multitud de sus calles, sus vestiduras, sus incomprensibles olores. Egipto siempre perturba un poco al viajero que se aproxima a conocerlo.

Destinó sus primeras fatigas a conseguir un albergue y a entrevistarse con quienes pudiesen orientarlo: una prostituta de Palmyra, a quien conociera seis años antes, y un comerciante oriundo de su tierra. Ella le concedió sus consejos y sus expertas caricias; le transfirió también ese saber profundo de quienes han aprendido a sobrevivir en cualquier parte. Pteras, el anciano comerciante, había enriquecido después de muchos años en que sus negocios combinaron con tino lo lícito y lo ilícito. Era un hombre valiente, recordado por no haber temido a los tiranos que quisieron una vez despojarlo, y también generoso. Por eso le hizo conocer a otros griegos, tan acaudalados como él, que aceptaron confiar al nuevo maestro la educación de sus hijos. Euclides, bien recibido, comenzó entonces a trabajar.

El había dedicado muchas horas de su juventud a comprender la geometría, esa ciencia de rectas infinitas y círculos perfectos. Su trabajo de pedagogo no era muy lucrativo, y podía discutirse aún que fuese grato, pero Euclides no se resignó a contar simplemente las monedas que cada tantos días caían en sus manos. Comenzó a frecuentar el Museo, donde la naciente biblioteca podía ofrecer, entre sus muros, todo el legado de la dispersa Hélade.

Entre los gruesos y desiguales rollos de papiro, colaborando con quienes descifraban caligrafías arcaicas, encontró tiempo para las lecciones de Theaetetus y las demostraciones de Eudoxo -el de la libre Cnido- y para revisar otra vez la obra del gran Theudius, a la que todos se aproximaban con singular reverencia. Abrevaba en la sabiduría de los antiguos textos, de los que tanto aprendía, pero la encontraba en desorden: todo se hallaba allí, o casi todo, pero oscurecido por una gramática deformada e innecesarias digresiones.

Todo se encontraba en la biblioteca, y también Kneith. Ella estudiaba otra cosa, las canciones rituales de los antiguos poetas y no las fatigosas deducciones de los geómetras, pero concurría con asiduidad, paciente en su búsqueda y en su andar silencioso. Se cruzaron sus ojos, se respondieron sus sonrisas, se acercaron sus manos. Dos o tres lunas después ya cohabitaban en la casa de Euclides, disfrutando cada uno del otro como si fuesen niños. Ninguna pitonisa había profetizado al griego que acabaría uniéndose a esa egipcia alta, serena, de tersa piel y de cabellos negros.

Euclides era todavía un hombre joven, fogoso, que debía dominar su impaciencia ante la robusta sinrazón de sus menos dotados estudiantes: por más que siempre fuesen diferentes - pues la falta de perseverancia los hacía permanecer poco a su lado- las preguntas, las falacias, los tropiezos, eran siempre los mismos. Kneith decía a veces que a Euclides lo iluminaba el dios Serapis, porque tenía el don de adivinar los errores de los otros antes de que ellos mismos alcanzasen a cometerlos.

Pero el griego, a pesar de sus quejas, amaba en realidad la geometría y pasaba gratos momentos en compañía de los jóvenes. Se complacía en buscar el modo de hacer simple lo que de suyo podía resultar confuso y sin sentido, y exploraba los textos de la inagotable biblioteca para entender mejor el camino ya recorrido por sus predecesores. Una tarde de vientos arenosos, cuando repetía por milésima vez un indispensable postulado de su ciencia, concibió una pequeña estratagema para facilitar sus lecciones. La idea estaba destinada, en verdad, a cambiar por completo su vida.

Escribió en unas tablillas de cera los axiomas sobre los que toda la geometría se asentaba; al lado de ellas dispuso también otras inscripciones, con las deducciones más elementales que se seguían de aquello y algunas asombrosas curiosidades matemáticas. En total eran doce tablillas que iluminaban los comienzos del camino, ese tramo que siempre se hace más áspero y difícil de transitar.

Su éxito fue notable, y para él sorprendente. Encontró primero que sus lecciones fluían con rapidez, y que era así más sencillo poner al descubierto los razonamientos erróneos; los jóvenes comprendían mejor y -a medida que aumentaba el número de las tablillas que exhibía- crecía también el de quienes se interesaban por recibir sus enseñanzas. Llegó por fin una mañana en que recibió la visita de dos colegas que le propusieron algo insólito: visiblemente alborozado escuchó que deseaban una copia de lo que uno llamó su "geometría elemental" para utilizarla también entre sus estudiantes. Euclides, sin vacilar, comprometió su ayuda.

Con la letra elegante que siempre le admiraran comenzó entonces a transferir al papiro los axiomas y demostraciones que contenían las tablillas. Kneith lo observaba con atención y con cariño cuando, poco después del alba, se sentaba a escribir antes de que llegaran los discípulos. Ella no conocía nada de la geometría de los clásicos, pero parecía tener una capacidad innata para entender las breves oraciones que iba enlazando Euclides. El terminó por consultarla con frecuencia, confiando en su sentido común y en su lógica, directa y clara. Por fin el manuscrito estuvo listo y fue copiado por un esclavo de confianza, quien se encargó también de llevarlo a sus destinatarios. Poco después Euclides volvió a admirarse de su éxito, pues sus *Elementos* fueron elogiados más allá de lo que él mismo se atrevía a imaginar. Todo parecía encaminarse felizmente en la nueva ciudad de Alejandría; ahora, antes de un año de su arribo, su nombre era conocido hasta por el propio rey.

Tedioso sería relatar la forma en que crecieron su fama y sus discípulos: pronto llegó a fundar una verdadera escuela y a recibir consultas de quienes provenían de otras tierras. Sus *Elementos*, organizados de modo admirable, resumían todo el saber antiguo y llevaban al neófito paso a paso, sin sobresaltos, hasta las cumbres de la geometría conocida. Era el matemático más famoso de Alejandría. El lo sabía, y disfrutaba sin duda con ello, aunque

reconocía que su obra no era por completo suya; compendia la de sus desconocidos maestros -tan alejados en el tiempo y en el espacio- y llegaba sólo hasta un punto, hasta el límite en que su entendimiento se tornaba confuso y comenzaba a vacilar. Durante algunos años, irreductible al cansancio de las noches y al sopor de los mediodías, Euclides insistió en completar el inacabable edificio de la geometría: ordenó y escribió sin pausas, siempre lúcido y elocuente, más metódico que ninguno de sus contemporáneos. Su barba castaña fue volviéndose entrecana y su carácter, con el paso del tiempo y la bendición de la fortuna, se hizo más dulce y apacible.

La geometría, sin embargo, acabó por hastiarlo: lo descubrió después de pasar unos días de mortal desasosiego en los cuales renació por momentos su indómito temperamento de antaño. Una noche de luna se lo confesó a su esposa:

-Ya no hallo placer alguno en eso, Kneith; he pasado demasiado tiempo enseñando lo mismo. Me quedaré con algunos pocos discípulos y comenzaré a estudiar de nuevo, como cuando era joven. Quisiera comprender la naturaleza de la más prodigiosa de todas las sustancias: la luz.

Pero la luz, esa objeto incorpóreo que servía para dar forma a todos los restantes, no quiso entregarle sus ambiguos secretos. El la estudió con perseverancia, aunque no con la pasión de antes, y tal vez por eso, o porque sus predecesores no tenían mucho que decirle, sólo pudo concluir una obra breve, inteligente y agradable, que no alcanzaba empero a develar el misterio. Luego se dedicó a la geografía.

Euclides era rico, y poseía el don de hacer comprensible lo que a los otros resultaba oscuro; era conocido, admirado y no parecía necesitar nada más de la vida. Su éxito, sin embargo, encerraba una amenaza: era muy fácil sucumbir a la molice y a los elogios, a los deliciosos ágapes y la intrascendencia de la vida cortesana. Comenzó a dar largos paseos por la ciudad, que crecía sin cesar extendiéndose a espaldas del mar, caminando durante horas, a veces durante un día entero. Fue así como conoció a un anciano que había acompañado al gran Alejandro hasta el lejano Indo; era un hombre pequeño, ajado, que en un rincón de las afueras narraba por unas monedas una y otra vez la misma vieja historia. Le preguntó la edad y, al comprobar que el anciano tenía unos diez años menos de los que aparentaba, Euclides comprendió con horror que se puede morir antes de tiempo cuando a la vida se le pone un límite.

Tenía ya casi sesenta años cuando, para sorpresa de todos, se dispuso a viajar: la curiosidad era para él como un ansia incontrolada, vivificante y rejuvenecedora. Por eso decidió encaminarse hacia el sur, en la búsqueda de las legendarias fuentes del río que es el padre de todos los ríos. Kneith, que lo amaba, sintió primero sólo dolor en su corazón. Pero a las pocas semanas partió con él, entusiasta como una adolescente, para remontar el sagrado Nilo hasta las desconocidas montañas de donde surge; sólo un par de fieles esclavos nubios conformaban su séquito.

Luego, nada pudo saberse con certeza. Un traficante comentó, estando ebrio, que los habían visto cerca del abandonado templo de Abu Simbel, muy al sur del país; tiempo después llegó un confuso mensaje desde Meroe, en el reino de Kush, en el que se aludía vagamente a la imperturbable marcha del griego y de la egipcia. Durante años cesaron los rumores pero, cuando ya muchos los habían olvidado, arribaron a Alejandría dos divergentes noticias: una decía que habían perecido a manos de bandidos sin ley en el lejano reino del Kordofán; la otra, más rica en detalles, los situaba reverenciados como dioses en una aldea remota, donde hombres de piel negra sabían cazar el legendario leopardo.

Lo cierto es que nunca regresaron. Cuando se los dio por muertos, sin embargo, después de mucho tiempo, se hizo un fastuoso funeral que encabezó el propio rey. Un rollo de papiro, con la copia en arameo de los *Elementos*, fue colocado simbólicamente sobre las desiertas tumbas.

Carlos Sabino

Caracas, 1988 - 1989